

tamentales que se organizaron, bien pronto absorbían al ciudadano enteramente y sin reserva. Muchos hacían llevar su lecho á las oficinas y trabajaban noche y día (1).

Al mérito de la fatiga se unía el del peligro. Las masas que sufrían, desconfiaban siempre, acusaban, amenazaban.

Las traiciones de la antigua administración hacían la nueva sospechosa. Aquellos nuevos magistrados que trabajaban por salvar á Francia corrían el riesgo de su vida.

¡Y el pobre! ¡el pobre!, ¿quién narrará sus sacrificios?

Durante la noche montaba la guardia; á las cuatro ó las cinco de la mañana se ponía en la acera, á la puerta del panadero; tarde, bien tarde, tenía su pan. El día era odioso; el taller cerrado...

Y qué digo, ¿el taller? Casi todos carecían de trabajo. Qué digo, ¿el panadero? El pan faltaba, pero mucho más todavía el dinero para tenerlo.

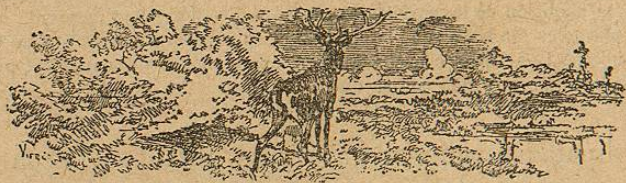
Triste, el desdichado erraba por las calles, se entretenía en las plazas, prefiriendo estar vagabundo á escuchar en su casa las quejas y el llanto de sus hijos.

Así, el hombre que no tenía más que su tiempo, sus brazos para vivir y alimentar su familia, los consagraba preferentemente al gran negocio, á la salud pública. ¡Y olvidaba la suya!

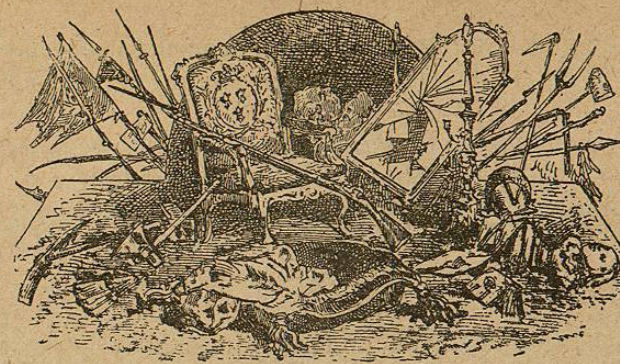
¡Noble y generosa nación! ¿Por qué conocemos tan mal esta época heroica?

Los hechos terribles y violentos que siguieron han hecho olvidar las dulzuras que marcaron el comienzo de la Revolución.

Un fenómeno más grande que todo suceso político apareció entonces al mundo: la potencia del hombre, por la que el hombre es Dios, había aumentado la potencia del sacrificio.



(1) Esto es lo que hicieron los administradores de Finistere. Sobre esta actividad verdaderamente admirable, habla Duchatellier en *La Revolución en Bretaña*.



CAPITULO VI

El Veto

Dificultad de las subsistencias.—Cómo era agobiadora la situación.—¿Podía el rey detenerlo todo?—Larga discusión del veto.—Proyectos secretos de la corte.—¿Habrá una Cámara ó dos?—La escuela inglesa.—La Asamblea tenía necesidad de ser disuelta y renovada.—Era heterogénea, discordante, impotente.—Discordia interior de Mirabeau; su impotencia (Agosto-Septiembre de 1789).

La situación empeoraba.

Francia, entre dos sistemas, el antiguo y el nuevo, se agitaba sin avanzar.

Además tenía hambre.

París (preciso es reconocerlo) vivía por casualidad. La alimentación, siempre incierta, dependía de la llegada de un convoy de la Beauce ó de un barco de Corbeil.

El Hotel de Ville, con inmensos sacrificios, hacía bajar el precio del pan, resultando de esto que desde diez leguas á la redonda y aun más venían labriegos y aldeanos á surtirse de pan en París.

La incertidumbre del día siguiente, las vanas alarmas aumentaban todavía las dificultades; cada uno acaparaba y ocultaba lo que podía.

La administración buscaba alimentos por todas partes, y los adquiría de grado ó por fuerza. Muchas veces las harinas en camino hacia París eran retenidas por los pueblos por donde pasaban que tenían necesidades apremiantes.

París y Versalles partían; pero Versalles guardaba, según rumores públicos, la mejor harina, y hacía un pan superior. Gran motivo de celos.

Un día en que los de Versalles cometieron la imprudencia de detener para ellos un convoy destinado á París, Bailly, el respetuoso Bailly, escribió á Necker diciéndole que si no se restituían á París las harinas, treinta mil hombres irían á buscarlas inmediatamente.

El temor había hecho osado á Bailly. Su cabeza peligraba si lle-

gase el caso de que faltaran provisiones. A media noche no había todavía más que la mitad de las harinas necesarias para el mercado de la mañana siguiente.

El aprovisionamiento de París era una especie de guerra. La guardia nacional servía para proteger tal llegada y asegurar tal y tal compra; se adquiría trigo y pan á mano armada.

Encerrados en sus comercios, los almacenistas no querían vender; los molineros no querían moler. Los especuladores estaban aterrados.

Un folleto de Camilo Desmoulins señala y amenaza á los hermanos Leleu, que tenían el monopolio de los molinos reales de Corbeil.

Un individuo que pasaba por agente principal de una poderosa compañía de acaparadores se mató ó fué asesinado en un bosque cercano á París.

Esto produjo la bancarrota de la compañía, inmensa, de más de cincuenta millones. No es inverosímil que la corte, que tenía grandes sumas colocadas en aquella compañía, las retirara bruscamente para pagar sus sueldos á una multitud de oficiales llamados á Versalles, acaso para llevar la corte á Metz, y que sin dinero no podía comenzar la guerra civil.

Hubiera sido ésta una guerra contra París, y seguramente peor que retenerlo en aquella paz. ¡Sin trabajo y con hambre!

«He visto—dice Bailly—buenos mercaderes, artifices de distintas clases que solicitaban se les admitiese entre los mendigos ocupados en remover tierras en Montmartre. ¡Quién podrá juzgar lo que yo sufrí!»

No sufría bastante. En sus *Memorias* mismas se le ve ocupado en pequeñas vanidades, en saber con qué fórmula honorífica comenzará el sermón de la bendición de las banderas.

Y la misma Asamblea nacional no sufría bastante los sufrimientos del pueblo. De otro modo se hubiese entusiasmado menos en el interminable debate de su escolástica política. Creía, sin duda, que debía acelerar la marcha de las reformas, destruir todos los obstáculos, abreviar aquel mortal camino donde Francia estaba entre el orden antiguo y el nuevo orden.

Todo el mundo veía la cuestión claramente. La Asamblea únicamente no la veía.

A pesar de la bondad de sus intenciones y de sus grandes inteligencias, parecía sentir poco la situación.

No sólo la retardaban en su obra las resistencias reales, aristocráticas y clericales que llevaba en su seno, sino que los más de sus ilustres miembros conservaban sus costumbres del foro ó la Academia, literatos ó abogados, casi todos.

Debía á cualquier costa, sin palabrería y sin tardanza, obtener la sanción de los decretos del 4 de Agosto, enterrando al mundo feudal; quería de estos decretos generales deducir las leyes políticas y las leyes administrativas que determinarían la aplicación de las primeras; es

decir, quería organizar, armar la Revolución, darle forma, haciendo de ella un ser vivo.

Así sería menos peligrosa que dejándola flotante, desbordada,



Un salón de realistas escuchando la lectura de los periódicos contra la Revolución

vaga y terrible como un elemento, como una inundación, como un incendio.

Fué para París una explosión cuando supo que la Asamblea se ocupaba solamente en averiguar si reconocería al rey el *derecho absoluto*

de impedir (veto absoluto) ó el *derecho de aplazar*, suspender, dos años, cuatro años, seis años, para gentes que no sabían si al siguiente día estarían vivos aún.

Lejos de avanzar, visiblemente se notaba que la Asamblea retrocedía. Hizo dos elecciones retrógradas y tristemente significativas. Nombró presidente al obispo de Langres, La Luzerne, partidario del *veto*, y después á Mounier, también partidario del *veto*.

Se burlaban del apasionamiento con que el pueblo toma esta cuestión. Muchos miembros de la Asamblea creían que el *veto* era una persona ó un impuesto.

No había nada de risible en esto.

Sí; el *veto* era un impuesto si impedía las reformas, si impedía la disminución del impuesto.

Sí, el *veto* era eminentemente personal; un hombre decía: *Impido*, sin razón, sin argumentos y todo estaba dicho; no se podía ir más allá.

M. de Sére creyó trabajar hábilmente por esta causa, diciendo que se trataba no de una persona, sino de una *voluntad permanente*, más fija y segura que ninguna Asamblea.

¿Permanente?... según la influencia de los cortesanos, de los confesores, de las amantes, de las pasiones, de los intereses.

Suponiéndola permanente, esta voluntad puede ser muy personal, muy opresiva, si, cuando todo cambia, en rededor de ella, ella no cambia ni se mejora. ¿Qué es esto sino continuar una política, un interés pasado, con la sangre y la tradición en toda una dinastía?

Las leyes escritas en otras circunstancias completamente distintas de las presentes, concedían al rey la sanción ó la negativa de sanción.

Francia se había fiado al poder real contra los privilegiados. Pero ahora que este poder era su auxiliar, ¿para qué la sanción de las leyes?, ¿para exponerlas á la negativa?... ¡Tanto valdría volver á levantar los muros de la Bastilla!

El ancla de salvación que quedaba á los privilegiados era el *veto* real.

Se estrechaban alrededor del rey, se abrazaban al rey en su naufragio, querían que corriera su mismo riesgo, que soportara su misma suerte, que se salvara con ellos ó con ellos pereciera.

La Asamblea discutió la cuestión como si se tratara de un puro combate de sistemas.

París, en tanto, ve que aquello no es una cuestión, sino una crisis, la gran crisis y la causa total de la Revolución, que era preciso salvar ó perder: *Ser ó no ser*, nada menos.

Y París solo tenía razón. Las revelaciones de la Historia y la conducta del partido de la corte nos autorizan á decirlo. El 14 de Julio nada había cambiado; el verdadero ministro era Breteuil, el confidente de la reina. Necker no estaba allí más que en apariencia para las responsabilidades.

La reina pensaba siempre en la fuga, en la guerra civil; su corazón estaba en Metz, en el campamento de Bouillé. La espada de Bouillé era el solo *veto* que le agradaba.

Se puede creer sin vacilación que la Asamblea no se había dado cuenta de que era por sí sola una Revolución. La mayor parte de los discursos allí pronunciados hubieran servido lo mismo para otro siglo y otro pueblo. Uno solo es útil y encarna en la situación, el de Sieyes, rechazando el *veto*.

Allí demostró claramente que el verdadero remedio á los conflictos recíprocos de los poderes no estaba en constituir así árbitro y juez al poder ejecutivo, sino en hacer frecuentes llamamientos al poder constituyente que reside en el pueblo.

Una Asamblea puede equivocarse, pero este riesgo es infinitamente mayor en el depositario inamovible de un poder hereditario, sin saberlo ó conscientemente, guiado por intereses que no sean los de la patria, por intereses de dinastía ó de familia.

Definió el *veto* diciendo: «Es una prohibición lanzada por un solo individuo contra la voluntad general.»

Otro diputado dijo una cosa de buen sentido: «Si la Asamblea está dividida en dos cámaras, teniendo cada una un *veto*, se puede temer poco del abuso del poder legislativo, y por lo tanto no hay necesidad de poner un nuevo obstáculo dando el *veto* al rey.»

Para la Cámara única hubo quinientos votos; la división en dos cámaras no alcanzó más que cien votos. La multitud de nobles que no tenían fuerzas bastantes para entrar en la alta Cámara, no quisieron crear para los grandes señores un Senado á la inglesa.

Los razonamientos de los anglomanos, presentados entonces con talento por Lally, Mounier, etc., más tarde reproducidos obstinadamente por madame de Staël, Benjamín Constant y tantos otros, habían sido refutados y destruidos antes por Sieyes en un capítulo de su libro sobre el *Tercer Estado*.

¡Hecho verdaderamente admirable! Aquel poderoso lógico, sólo por la potencia de su espíritu, no habiendo estado nunca en Inglaterra, conociendo poco su historia, ¡había obtenido ya los resultados que ofrece el estudio minucioso de su presente y de su pasado (1)!

Había visto perfectamente que aquella famosa balanza de tres poderes, siendo efectiva produciría la inmovilidad, una pura comedia, una mixtificación en provecho sólo de uno de los poderes (aristocrático en Inglaterra, monárquico en Francia).

Inglaterra ha sido siempre y es una aristocracia. El arte de esta aristocracia es haber perpetuado su poder, no haber dado parte al pueblo, logrando encontrar á su actividad un campo exterior, abrirle

(1) Su pasado en mi *Historia de Francia*, donde le encuentro á cada instante; su presente en el hermoso libro de León Faucher, sobre todo en el final del segundo tomo. Los ingleses mismos (Bentham, Bulver, Semor, etc.) convienen hoy en que su balanza de tres poderes no es más que un tema de escolásticos.